

⇒ Osvaldo Soriano y el canon literario argentino. Polémica a diez años de su muerte

Verónica Tobeña
CONICET-FLACSO, Argentina

Resumen: El texto analiza la polémica en torno a Osvaldo Soriano en el ámbito literario-intelectual. El trabajo retoma los argumentos esgrimidos por quienes reivindican la literatura de Soriano y los de los que son acusados por estos de ningunear al autor. A lo largo de la explicitación de los términos que va adoptando la polémica se van delineando dos vertientes literarias que fundan su división fundamentalmente en la política y que trazan a partir de sus valores los antagonismos entre una literatura popular y una de élite, entre el mercado y la academia, entre “escritores del pueblo” y escritores con prosapia, entre la baja y la alta cultura.

Palabras clave: Osvaldo Soriano; Canon; Polémica; Literatura Argentina; Siglo XXI.

Abstract: The text discusses the controversy surrounding Osvaldo Soriano in the literary-intellectual field. The article incorporates the arguments of those who claim Soriano literature and those accused by them of look down on the author. The controversy is drawing two literary models mainly base their policy differences. Thus, the literature is divided between popular literature and elite, between the market and the academy, between “writers of the common people” and writers with ancestry, between low and high culture.

Keywords: Osvaldo Soriano; Canon; Controversy; Argentine Literature; 21st Century.

Introducción

A principios del año 2007 el ambiente académico-literario se vio agitado por la polémica alrededor del escritor Osvaldo Soriano a propósito de un homenaje al autor por el décimo aniversario de su muerte. En virtud de esta conmemoración, el suplemento cultural “Radar” del diario *Página/12* presta su espacio para realizarle un homenaje al escritor que termina constituyéndose en la excusa para reeditar la disputa en torno al canon (Cella 1998: 7).¹ De modo que la polémica en torno al escritor Osvaldo Soriano que se analiza en las siguientes páginas se enmarca en un tema ya clásico de la indagación de nuestro campo literario como son las discusiones en torno a la cuestión del canon, es decir, la discusión de la cual resultan una colección de obras consideradas en exclusiva como el completo, una selección de textos que se considera como “la” literatura en determinado contexto socio-histórico (Fowler 1998: 95-127). El abordaje de la discusión del canon es de suma relevancia para reconstruir los valores que gravitan en el espacio literario puesto

¹ La polémica aludida tuvo lugar entre el 28 de enero y el 11 de marzo de 2007. Este trabajo se basa en dicha documentación empírica.

que la cuestión del canon condensa supuestos como el de la calidad literaria, reenvía a procesos como el de las luchas por la consagración literaria y la competencia por el reconocimiento, y ofrece sustrato para pensar qué es la literatura y para delinear los rasgos que dan especificidad a una literatura (Domenella/Gutiérrez de Velasco 2009: 50-55; Zanetti 1998: 87-105). Estos temas son el corazón de la literatura porque en conjunto conforman buena parte de la dinámica del espacio literario, de los valores que allí están en juego, de los tópicos que hace suyos, de los actores y las instituciones que intervienen, de la lógica bajo la que operan, en fin, permiten dar cuenta del juego que plantea la literatura como campo específico.

Con la figura de Soriano como excusa, los debates que vamos a analizar aquí son una prueba de cómo se pegan a la problemática del canon un conjunto de discusiones de amplio alcance que, si bien refieren a cierto estado del campo y a las relaciones de fuerzas que allí se establecen, también se caracterizan por reflexionar sobre el estado de una cultura. Nuestra tesis es que entre los valores que los distintos agentes del espacio literario despliegan en las luchas por la consagración literaria, la política constituye un factor que interviene fuertemente en este proceso de competencia y de disputas, planteando limitaciones al concepto de *campos de poder* forjado por Bourdieu para pensar la dinámica de espacios específicos como el literario, puesto que el político es un elemento que no hace a la especificidad de su actividad. Esta constatación nos obliga a insertar la polémica más allá del espacio virtual que configura un campo particular ubicándola en la trama simbólica que la conforma, es decir, en la matriz cultural que configurada social e históricamente imprime allí su impronta.

El elitismo de la academia frente al plebeyismo del “escritor del pueblo”

Lo que se había planteado como un homenaje a Soriano cuando se conmemoraban diez años de su muerte, se transformó en una interminable lluvia de agravios y desagravios, en cruces de acusaciones y chicanas, convirtiendo lo que era una buena excusa para hablar de literatura en una oportunidad para reeditar viejos enconos y reavivar ciertas polémicas. Durante poco más de un mes y de forma ininterrumpida, la prensa gráfica fue el escenario de una contienda que tuvo todo tipo de condimentos. Sin duda, el más picante lo aportaron quienes asumieron la conmemoración de la literatura de Soriano como algo personal, es decir, los que por la relación de amistad que los unía con “el gordo” encararon la reivindicación del escritor haciendo foco en lo que sabían que a él más le dolía: la indiferencia de la crítica académica hacia su literatura.

De tono crispado y con visos catárticos, el texto encargado de inaugurar el homenaje a Soriano quedó en manos de la pluma de Saccomanno, trasuntando la polémica por el canon al plantear, sin eufemismos, su intención reivindicativa del escritor bajo “un sentimiento de venganza” (Saccomanno 2007a: 12-13).² No solo, precisamente, por la concepción de la literatura como venganza que advierte en la escritura de Soriano, sino por vengar el nombre de su amigo y colega que, ninguneado por la “crítica literaria que presumía de culta” (p. 12), padeció en vida la negación de la academia a abrirle sus puertas.

² Las citas siguientes corresponden a este documento.

La vena polémica atraviesa todo el texto de Saccomanno, pero los ecos a su provocación se hicieron oír a propósito de la reproducción de una anécdota que involucraba a Beatriz Sarlo y que señalaba a esta intelectual como la responsable de excluir del elenco literario que conformaba el corpus de su materia “Literatura Argentina” a Osvaldo Soriano, acusándola además de pergeñarle al escritor una trampa al invitarlo a una de sus clases para ridiculizarlo con preguntas por parte de los estudiantes que apuntaban a subrayar y poner en foco su formación educativa inconclusa.

La nota va situando los mojones que permiten ubicar en un mapa literario el nombre de Soriano.³ El nombre de Roberto Arlt es la baliza que más brilla en esta cartografía. No solo porque Saccomanno recuerda que el propio Soriano había hecho apología del autor de *El juguete rabioso* en un artículo, demostrando con esto que reconocía en él una referencia, sino porque “así como a Arlt escritores que hoy nadie recuerda le reprochaban que escribía ‘mal’, a Soriano se le criticaba que escribía ‘fácil’” (p. 12). La evocación de Roberto Arlt también tenía por cometido derramar sobre Soriano algunas de las virtudes del primero: “ningún escritor, desde Arlt en sus aguafuertes a la fecha, exhibió una perspicacia igual obteniendo una repercusión similar” (p. 12). Y esa comparación a su vez se orientaba a subrayar la madera de la que estaba hecho: “como Arlt, Soriano es el escritor que se arma desde abajo y se forma, como puede” (p. 12). El paso de Soriano por las redacciones de *Primera Plana* y *La Opinión* se presenta como una experiencia sustantiva para su maduración narrativa y el pulido de su técnica literaria, y la mención de quienes eran sus compañeros de trabajo en esas redacciones no parece ociosa si se juzga por la notoriedad alcanzada por nombres como los de Walsh, Urondo, Gelman, Dal Masetto, Briante, Rabanal, Bayer, Eloy Martínez, Bonasso, Belgrano Rawson. Entre las lecturas con las que Soriano fue formando su estilo surge la referencia al guionista de *El Eternauta*, Héctor G. Oesterheld, y la importancia de las novelas de aventura del italiano Emilio Salgari, revelando así la preferencia por un paradigma literario de corte popular. Su obra también exhibe marcas de la literatura de Scott Fitzgerald, Hemingway, Faulkner y Graham Green. Pero es en la novela policial donde se ubica la influencia fundamental para la literatura de Soriano, ese era “el” género en el que su aprendizaje se había cifrado, y dentro de él, su principal maestro era Raymond Chandler, su “autor fetiche” (p. 12).

Pero entre sus gustos desentona, a los ojos de Saccomanno, la fascinación por Bioy Casares, una atracción que denotaba la contradicción de clase que atravesaba a su amigo.

El pibe que se formó jugando al fútbol en potreros del interior y leyendo a los saltos desde Salgari a Oesterheld todo lo que le caía en las manos hasta que un buen día Chandler le hizo arrancar la máquina de narrar, ese pibe, digo, se fascinaba con Bioy igual que un humillado arltiano por la avenida Quintana (p. 13).

En la semblanza que traza Saccomanno, Soriano emerge como un escritor formado al calor de referencias populares, en contacto con las cosas simples y más terrenales de la vida, que no le temía a la confrontación y con una gran sensibilidad y compromiso social. Los elementos que van configurando este retrato se van dispersando por toda la nota: un escritor con una “manera sencilla de contar” (p. 12), que se “arma desde abajo y se forma

³ Con esta operación Saccomanno no solo inscribe a Soriano en la genealogía que va trazando, sino que también hace lo propio con su nombre.

como puede” (p. 12), que “estaba siempre del lado de las víctimas” (p. 12), que “escribía sobre perdedores y reivindicaba sus derrotas”, que “utilizaba una lengua barrial” (p. 13), donde estaban presentes “el fútbol, el cine, la política” (p. 13), que “iba al frente” (p. 12) “y si el ring era la literatura apostaba por el cross a la mandíbula” (p. 13). El estilo narrativo de Soriano es producto también de su aguda sensibilidad para Saccomanno: “hay una tristeza de fondo en sus ficciones” (p. 13), “el grotesco (), próximo a la caricatura, exagera la realidad” (p. 13), “*Una sombra ya pronto serás* es la novela de la depresión nacional” (p. 13). Por último, Saccomanno admite que el peronismo constituye otro de los elementos que suelen asociarse a su literatura.

En medio de esta caracterización, el mundo que evoca el nombre de Bioy Casares no encuentra dónde anclar para Saccomanno. Para él esta fascinación por el “tilingo turista” (p. 13), como lo llama al coautor de Borges en la nota, es producto del encandilamiento de Soriano por “la ‘civilización’ corporizada en las luces de la gran ciudad” (p. 13), es síntoma de su necesidad de obtener reconocimiento “de lo que se supone una ‘alta cultura’” (p. 13). Ese mundo que no tiene nada que ver con Soriano porque él pertenecía a otra extracción, porque él era un “bárbaro”, también se va dibujando a medida que Saccomanno despliega los argumentos con los que se propone vengar, a la vez que reivindicar, a su amigo. Y esa contracara del universo Soriano adopta en la descripción de Saccomanno un contorno muy preciso: el de la Cultura con mayúscula, el de las referencias simbólicas más refinadas. Y va cobrando esa entidad fundamentalmente por oposición a los componentes populares que definen la atmósfera que se respira en la literatura de Soriano. Así, las alusiones a la avenida Quintana, a la academia, al ámbito universitario, al doble apellido, a “los plumíferos del ambiente literario” (p. 13), a la “literatura dandística y de elite” (p. 13) o a “la crítica literaria que presumía de culta” (p. 12), evocan una trama social en torno al ejercicio literario, un entre-nos, del que Soriano no participaba. Esas referencias condensan los símbolos que constituyen una frontera para la literatura de Soriano, que por mostrarse refractarias a su obra, representan para él un territorio a copar, un déficit a cubrir.

Y probablemente en busca de este reconocimiento, explica con tono crispado Saccomanno, es que a fines de 1996 Soriano acude a una charla en la Facultad de Filosofía y Letras para resultar tremendamente humillado. Saccomanno relata el episodio del siguiente modo:

Paso a ejemplificar con una anécdota que me contó Bayer en una feria del libro patagónica () Una vez Beatriz Sarlo invitó a Soriano a participar en una charla en el ámbito universitario. En esa época, si mal no recuerdo, parecía haber dos bandos en la narrativa: Saer en un rincón del ring y Soriano en otro. (...) El alumnado se burló del escritor porque apenas si había terminado a los tumbos la primaria (...). Esa madrugada, destruido, Soriano lo llamó a Bayer. Como reivindicación y ajuste de cuentas, Bayer invito a Ricardo Piglia a presentar a Soriano en su cátedra de Derechos Humanos en el ámbito universitario.⁴ Piglia arrancó planteando que los tres escritores argentinos más grandes de nuestra literatura no habían terminado la primaria. Arlt, Borges y Soriano.⁵ No creo recordar que el autor de *Plata quemada* haya publicado esta afirmación en sus ensayos. Una lástima (pp. 12-13).

⁴ Soriano no pudo ser testigo de este “ajuste de cuentas” que terminó adoptando el formato de homenaje, pues unos meses después muere a causa de un cáncer.

⁵ Más adelante veremos la tergiversación que, probablemente de forma inconsciente, opera Saccomanno,

Este hecho al que hace alusión Saccomanno es el que origina la polémica. Una semana después, Beatriz Sarlo (2007a: 20)⁶ responde a la acusación de Saccomanno en una nota titulada “Una historia falsa” donde desmiente la existencia del episodio que la involucraba. En su descargo manifiesta la falsedad de la historia en todos sus detalles (“Nunca invité a Soriano por lo tanto todo lo que sigue es mentira”, sentencia), y descarta la posibilidad de que los hechos que la “leyenda negra” echó a rodar sean verosímiles: no es posible que alumnos que han leído a Pierre Bourdieu y a Roberto Arlt se burlen de un escritor porque solo ha terminado la escuela primaria, argumentaba Sarlo. Pero el aspecto más controvertido de esta respuesta reside en la descalificación que implícitamente hace de la obra de Soriano cuando, al intentar refutar la oposición estética Saer-Soriano que le endilga Saccomanno, admite que los debates literarios que ella impulsaba desde su cátedra involucraban a Saer y a Puig, a Saer y a Piglia, o a Borges y a Cortázar, pero que ni en sus clases ni en sus escritos se ocupó de Soriano. Y en lo que parece una invitación a la polémica, cierra su defensa con la siguiente afirmación: “Enseñábamos lo mejor que podíamos, la mejor literatura que creíamos que se escribía en la Argentina”.

El domingo siguiente, Osvaldo Bayer, fuente de la anécdota de la controversia, por un lado, y Guillermo Saccomanno, por el otro, intervienen nuevamente para pronunciarse en relación al hecho que Sarlo desmiente, en lo que parecen haber entendido como una cruzada contra la ensayista y la academia que ella encarna. Ambas intervenciones se caracterizan por tomar a la crítica literaria como blanco de todas sus diatribas, pero también se parecen en la concepción dicotómica que manejan del mundo cultural, de la literatura, de las divisiones de la sociedad y en el tono beligerante que adoptan.

Bayer (2007a: 21)⁷ comienza por confirmar desde el título la veracidad de la historia en cuestión. La respuesta de Bayer encaró dos frentes: por un lado, se ocupó de cuestiones relativas al hecho contado por Saccomanno (a brindar detalles del mismo, del impacto que tuvo en Soriano y del homenaje que le organizó en la Facultad de Filosofía y Letras); y por otro lado, se dedicó a Beatriz Sarlo, a divulgar otros episodios controvertidos que la tuvieron como protagonista y a establecer juicios morales sobre la manera en la que la ensayista tramitó dichos episodios.

En cuanto a la experiencia de Soriano en el ámbito universitario, Bayer retoma la narración de la historia.⁸ En ese relato, Bayer se afana por transmitir el clima emotivo y las fuertes sensaciones vividas durante dicho tributo; cada detalle proporcionado contribuye

ya que el propio Bayer, que fue quien le transmitió el episodio, refiere que no es la primaria sino la secundaria el nivel de estudios que no finalizaron los escritores que Piglia subraya como los tres más grandes de nuestra literatura, y que entre estos no está Soriano, que en la versión de Saccomanno reemplaza a Sarmiento!

⁶ Las próximas citas corresponden a esta referencia.

⁷ Las citas que siguen surgen de este documento.

⁸ Así resume la historia Bayer: “Estando ya muy enfermo me llamó muy triste para decirme que había tenido una muy mala experiencia en la Facultad de Filosofía y Letras. Eran los fines del curso del ‘96. Me relató que un grupo de docentes y alumnos de la cátedra Sarlo lo habían invitado a un reportaje en vivo. Él concurrió y fueron todas preguntas para humillarlo. La definitiva fue: ‘Dígame, Soriano, ¿usted qué estudios tiene?’”. ‘Le respondí la verdad: Tercer año nacional’. ‘Esto provocó la carcajada general de todos los presentes’. Hubo un silencio de su parte y yo le respondí: ‘No te hagas problemas, Osvaldo. Yo te voy a invitar a mis clases de los viernes, la haremos en el aula magna, y te reivindicaremos’. ‘Te agradezco infinitamente’, me respondió. ‘¿Sabés una cosa? Y quiero entrar a la Facultad por la puerta grande’. Pero mientras esperábamos el curso, Soriano falleció en ese verano”.

a la generación de una atmósfera vibrante que tiene en la referencia a la intervención de Ricardo Piglia su clímax:

A pesar de todo, apenas reiniciadas las clases hicimos el acto en su homenaje, en el Aula Magna de esa Facultad de Filosofía y Letras. Los memoriosos señalan hoy todavía que fue una de las clases magistrales más concurridas de la historia de nuestra facultad. La anunciamos previamente por todos lados, en lo que nos ayudaron fundamentalmente las representaciones estudiantiles. Sí, no pudo estar Osvaldo presente, pero sí, en el medio de la primera fila estaban su viuda, Catherine, y su hijo Manuel, de siete años, que estuvo toda la noche en silencio mirando con grandes ojos. Fue una de las jornadas de más emoción en mi vida. Hubo hasta un apagón en esa parte de la ciudad y nos quedamos sin luces. Mejor: fuimos a comprar velas y con esa iluminación hablaron los oradores. Primero hablé yo y relaté mi relación con Osvaldo en el exilio y el regreso, y cómo se lo había humillado en esa misma facultad. Después de mi prefacio lo invité a hablar a Ricardo Piglia, no sólo un consagrado escritor y docente universitario de literatura en la Argentina sino también en el exterior. Piglia comenzó así: “Los tres más grandes escritores argentinos no terminaron sus estudios secundarios: Domingo Faustino Sarmiento, Roberto Arlt y Jorge Luis Borges”.⁹

Estaba todo dicho. Todavía resuenan en mis oídos los aplausos del público. Hubo una emoción muy grande. Justamente en la misma Facultad de Filosofía y Letras donde los titulados académicos se habían querido burlar del querido escritor del pueblo.

Beatriz Sarlo, única destinataria de las críticas condensadas al final de este relato, constituye el otro tema del que se ocupa en esta nota Osvaldo Bayer. Así, Bayer rememora un hecho que la involucra a ella y a David Viñas, que tuvo lugar en el año 1998 en el programa de televisión *Los siete locos*, que los tenía, entre otros, a ambos como invitados, y del cual Sarlo se retiró intempestivamente ante lo que leyó como una ofensa a su persona en la alocución de David Viñas.¹⁰ Bayer también recuerda que tras ese episodio llamó telefónicamente a Sarlo para invitarla a seguir el debate con Viñas en las aulas universitarias, pero al esta no aceptar la propuesta, el único protagonista del debate terminó siendo David Viñas, quien respondió a las preguntas de un alumnado que colmó el aula magna de la facultad. En cuanto a la anécdota de Soriano en el ámbito universitario, Bayer se pregunta por qué Sarlo, si se trata de una historia falsa, no salió a desmentirla antes. Y estableciendo una inesperada asociación, pone en serie la actitud de Beatriz Sarlo con la de un general fusilador:

Esto me hace acordar al general Elbio Carlos Anaya, –escribe– quien sostuvo que era mentira lo que yo había sostenido sobre los fusilamientos ordenados por él de peones patagónicos en 1921. Pero poco después, (...) se le escapó la verdad (...). La profesora Sarlo esperó diez años para señalar que todo es mentira.

Finalmente, Bayer sorprende lanzando un desafío a Sarlo que se parece menos a una exhortación para intercambiar ideas que a una invitación a batirse a duelo:

⁹ Aquí queda demostrado el flagrante error en el que incurre Saccomanno al cambiar secundaria por primaria y Sarmiento por Soriano.

¹⁰ Puede verse dicho programa en: <<http://www.youtube.com/watch?v=HY2UAD21tBQ>> (08.2012)

Pero, profesora, aunque todo esté prescripto, recurramos al debate. La invito al mismo lugar desde el que se hizo el desagravio a Soriano. Lleve usted a dos de sus colegas que piensan como usted. Yo por mi parte invitaré a David Viñas y a Ricardo Piglia. Luego dejamos al público que diga su opinión, como prueba de la verdad democrática, que es lo único que vale.

La escalada contra Sarlo alcanza su punto más álgido en la segunda nota escrita por Guillermo Saccomanno (2007b: 20),¹¹ donde retoma la polémica alrededor de Soriano pero para sumar argumentos que apunten la palabra de Bayer, fuente de la anécdota, y a su vez debiliten la credibilidad de los dichos de la adversaria. Para esto Saccomanno apuesta por rebajar la estatura intelectual de Sarlo enrostrándole su participación en una revista dominical y de carácter masivo como la que publica el diario *Clarín*, escribiendo una columna semanal “a pocas páginas de distancia de Valeria Maza, la modelo del Vaticano”. El tema de la columna de Sarlo que la *Revista Viva* publicó el mismo día en que *Página/12* homenajeaba a Soriano, un acercamiento a la vida de los *homeless* del primer mundo a partir de una estadía de trabajo en Washington,¹² sirve de insumo a Saccomanno para ir enhebrando una serie de elementos con los que va urdiendo la trama que va a culminar en la total descalificación de las aptitudes de Sarlo, tanto en materia literaria como en términos morales. Así, ante una descripción de los sin casa del primer mundo que a Saccomanno se le hace típica de la “izquierda” bienpensante vernácula, porque prima la condescendencia y la mirada pintoresca hacia los desclasados ajenos, y abunda la facilidad para sensibilizarse por los desechos sociales que producen otras sociedades y la ceguera hacia los *homeless* de factura nacional, el autor de la nota encuentra el pie para saltar de allí al universo refinado y oligárquico al que a sus ojos parece responder la columna en cuestión, convirtiendo las situaciones que relata la autora allí en anécdotas de clase. Las referencias a cierto europeísmo, la evocación de nombres como los de Victoria Ocampo y Virginia Woolf, las asociaciones con la oligarquía y con los viajes, son algunos de los elementos de los que se vale Saccomanno para realizar esta operación, como queda documentado en los siguientes pasajes:

La descripción que usted hace de su trastorno por el equipaje recuerda aquellos de la oligarquía que viajaba a Europa en barco llevándose la vaca. Y su preocupación por los que viven a la intemperie en el primer mundo es comparable a la que sentía Victoria Ocampo, ‘periodista’ en Nüremberg, quien tras describir la elegancia de su vestuario, se conmueve al mirar a los chicos en la calle víctimas de la guerra o al comprobar que en su hotel bombardeado no hay agua corriente.

Tan Victoria Ocampo. No me sorprende: ¿acaso en el prólogo a *El campo y la ciudad* usted, coqueta, no cuenta que al marxista galés Raymond Williams le llama la atención el tostado de su piel? Y es en este momento galante en donde usted siente que es la reencarnación de aquella viajera (por Victoria Ocampo) que visitó a Virginia Wolf (*sic*). Si consultara la correspondencia de Virginia Wolf (*sic*) comprobaría qué poca estima le tuvo la corrosiva escritora inglesa a la tilinga argentina con ínfulas intelectuales.

¹¹ Las próximas citas corresponden a este artículo.

¹² Véase Sarlo (2007b: 19-20).

Saccomanno usa ese texto como prueba de la falta de condiciones literarias y críticas de Sarlo, y también le es útil para argumentar a favor del compromiso intelectual que caracteriza la trayectoria de Bayer que, comparada con la inscripción mediática de Sarlo y los temas a los que consagra sus columnas dominicales, no están a la altura del contendiente. Así, la veracidad de los hechos se arbitra no por el aporte de pruebas o de elementos que permitan discernir la efectiva existencia de la anécdota, sino por la estirpe de los involucrados, como queda contundentemente formulado en la siguiente reflexión:

Y yo me pregunto: ¿cómo no creerle al biógrafo de Severino Di Giovanni, el historiador de las masacres patagónicas, el rastreador justiciero de cuanta atrocidad cometieron los poderosos y sus fuerzas armadas, el intelectual comprometido con las Madres? ¿Acaso debí creerle a una columnista dominical con sentimientos benéficos antes que a un luchador de los derechos humanos?

Finalmente, Saccomanno se guarda la última carta para mancillar el nombre de Sarlo para el final de la nota, donde, para justificar el interés que la adversaria suscita en quien escribe, remata: “En lo que a mí me cabe, siempre en lo personal, sí me importa lo que usted piensa. Y mucho. Porque la leo para saber en qué anda la derecha argentina ilustrada”.

La respuesta de Beatriz Sarlo (2007c: 20)¹³ a Bayer y a Saccomanno no se hizo esperar, y el domingo siguiente retomó la discusión desde las páginas del suplemento “Radar”. Esta respuesta fue acompañada de la publicación de la columna de la *Revista Viva* que Saccomanno se había ocupado de analizar en su nota, para que “los lectores juzguen por sus propios medios”, ya que Sarlo manifestaba allí que no diría nada al respecto. La nota es breve y concreta, y termina planteando que con ella da por terminada su contestación a los dichos de los polemistas. Simplemente, allí vuelve a negar lo sucedido según la historia de Bayer, y también desmiente que haya existido la llamada telefónica que la invitaba a debatir en el ámbito universitario con David Viñas. Por último, rechaza la invitación de Bayer a debatir, en virtud del contexto hostil que el debate promete a juzgar por el intercambio mantenido hasta entonces. Su justificación para recusar la invitación es la siguiente:

No voy a aceptar la actual invitación de Bayer a un escenario de debate que él controla, y donde no tengo garantías de ser escuchada. Bayer me concede que vaya con “dos colegas”. No me animo a pedirle a nadie que se someta a esas condiciones. El encono promete más un escrache que una polémica. La afirmación de Bayer de que mis palabras le recuerdan la mentira de un general fusilador es alarmante, porque empezando con algo así no es posible prever lo que puede terminar diciendo. La violencia verbal y el odio de Saccomanno también me intimidan y, aunque Bayer no lo agrega a su mesa de debate, tengo miedo de que aparezca en ese acto.

Al final de este artículo se incluyen unas pocas líneas bajo el título “Una aclaración” que firman quienes ejercieron la docencia en la cátedra de Literatura Argentina Contemporánea que dirigía Sarlo en el año 1996, en las que se atribuye la historia que echó a rodar Bayer a una “leyenda urbana” y se afirma la inexistencia del episodio relatado (Jarkowski *et. al.* 2007: 22).

¹³ Las citas que siguen son de este documento.

Ese domingo, también en la misma plataforma, la escritora María Moreno y el profesor Eduardo Romano abordaron el asunto. “¿Qué era eso?”, se pregunta María Moreno en su nota, “¿la pandilla del oeste contra la pequeña Lulú?” (Moreno 2007a: 21).¹⁴ Es que a pesar de pedir que no se lea su intervención como una defensa a Sarlo,¹⁵ María Moreno plantea que no puede dejar de señalar el desatino de comparar a Sarlo con un general fusilador, o “el sistema feudal de argumentación” (p. 21) que adopta Saccomanno, “donde lo que importa no son el testimonio ni las evidencias sino la prosapia de quien atestigua” (p. 21). Tampoco puede dejar de darle la razón a Sarlo en cuanto a sus impresiones en relación al debate al que la invita Bayer, que a sus ojos se hace con las formas del duelo de caballeros permitiéndole incluso invitar padrinos, y no ofrece garantías de proporcionar condiciones muy democráticas, ya que “lo hace en su propio espacio, con la propia audiencia que, cuando habló otro adversario de Sarlo (Viñas), desbordaba el aula magna” (p. 21).

Más allá de la posición que adopta frente a la polémica, lo más interesante de la mirada que presenta sobre el tema Moreno está, por un lado, en su propuesta de entender la historia de Soriano insultado en el ámbito académico en su funcionamiento como un mito, y por otro, en la reivindicación que hace del escritor en cuestión.

¿Qué implica que la anécdota funciona como un mito? Implica dejar de preocuparse por las evidencias que nos permitirían concluir si el hecho existió o no, para pensar la historia como un relato, “como una verdad de ficción que es necesario interrogar” (p. 22). Y así la interroga María Moreno:

El mito de Soriano insultado en el claustro empieza a circular en el momento en que la formación laica que proveía a éste de una Buenos Aires pródiga de lugares de aprendizaje fuera de la universidad es prácticamente imposible y los escritores de las nuevas generaciones, incluso el transgresor César Aira, son licenciados. Que en el mito el desagravio haya sido propuesto en una cátedra de derechos humanos ilumina sobre la interpelación que la no ficción de denuncia y la investigación política dirigieron a la autonomía literaria. Bayer dice que Soriano no pudo asistir a su reivindicación. Allí se completa el mito: en toda biografía popular, el héroe no puede cumplir su meta. La muerte se homologa al peso de la ley, pero desnuda la injusticia (p. 22).¹⁶

Si nos interesa traer este ejercicio interpretativo que realiza Moreno es porque el mismo se corre de una discusión que a esa altura ya parecía estéril (esto es, si el hecho en cuestión ocurrió o no), y tiene la virtud de hacer presentes algunas de las condiciones que

¹⁴ Las citas que siguen surgen de aquí.

¹⁵ Si bien el artículo de Moreno se encarga de impugnar las argumentaciones y los métodos adoptados por Bayer y Saccomanno para desacreditar a Beatriz Sarlo, la autora solicita que no se interprete esto como una identificación con la columnista dominical, ya que, en su opinión, “la concepción de lo popular que Sarlo despliega en sus notas de revista *Viva*, su trayectoria política e intelectual y las propuestas de su libro *Tiempo pasado* merecen una puesta en cuestión, más allá de cachufletes lanzados en pandilla” (p. 22).

¹⁶ Guillermo Saccomanno, por su parte, en la nota que “Radar” publica el domingo siguiente, propone otra línea interpretativa para este mito: “Si la anécdota referida por Bayer fuera una ‘leyenda urbana’ sería interesante analizar los resortes de esta mitología para comprobar cuánto de verdad puede tener, qué inquinas y celos despierta y por qué se divulgó justamente una historia que tan mal parados deja a estos docentes quienes, por otra parte, recién ahora, a diez años de la muerte del escritor, se preocupan por desmentir. Es evidente que Soriano sigue siendo un problema para algunos docentes de Letras” (Sacomanno 2007c: 22).

atravesan al ejercicio literario en la actualidad. Por ejemplo, se anima a plantear la improbable emergencia de un escritor con el perfil de Soriano en el presente, donde la formación que “la universidad de la calle” es capaz de brindar ya no hace la diferencia o ya no resulta original, y donde hasta aquellos escritores que consiguen trascendencia aun a fuerza de romper con las convenciones detentan un título universitario. Moreno también aporta un dato que concierne a la contemporaneidad y que tiene que ver con el desafío que la proliferación de *non-fiction* y de bibliografía de investigación y de denuncia política lanza al funcionamiento de la literatura como esfera autónoma, cuestión de la cual es sintomática la organización del desagravio a un escritor desde una cátedra de derechos humanos. Ambos elementos, la insuficiencia de una formación laica como herramienta para el ejercicio literario por un lado, y los cuestionamientos que dirigen a la institución literaria sucesos que tienen en la política su eje organizador, constituyen datos que Moreno extrae del mundo contemporáneo que resultan sumamente elocuentes sobre las condiciones que enmarcan hoy la actividad literaria.

El otro punto que queremos subrayar de la intervención de María Moreno es, como anticipamos, la reivindicación que, como colega, hace del escritor fallecido diez años atrás. Porque, a diferencia de las operaciones retóricas que apuntan a redimir al escritor de las injusticias de las que era objeto y de las muestras fervorosas de admiración basadas más en su condición de escritor popular y políticamente comprometido que en la complejidad de sus textos y en la calidad de su literatura, exhibidas por quienes se constituyeron en sus vengadores, el caso de Moreno muestra cómo, aun sin estar Soriano en el centro de sus referencias literarias, se puede extender un gesto de reconocimiento hacia un escritor al que se conoció, que tenía muchos atributos para admirar “más allá del mito mayor del gordo bueno con gato y listas negras” y con el que se tiene la sensación de compartir una manera de asumir la literatura: “él estaba, de algún modo, en mi mapa desde la época en que, como laicos, muchos inventábamos nuevas formas de legitimación fuera de los espacios universitarios y nos construíamos nosotros mismos con estilos en que contaban las pasiones” (p. 21).

“Soriano ha sido insultado” (p. 22), subtítulo Moreno uno de los apartados de su nota, y así subraya el desatino de encarar el homenaje a un escritor recurriendo a “jeremiadas” (p. 22), haciendo foco en sus atributos humanos en vez de dedicarse a analizar su legado literario. Y sobre todo, la autora aporta un dato que apunta a desarmar el mito del escritor maltratado por los cenáculos literarios de élite del cual se hacen eco las reivindicaciones citadas. Ese dato, dice Moreno, podría haber sido el comienzo de una reivindicación para Soriano, y hubiera consistido en “difundir la versión borgeana sobre él de Esther Cross” (p. 22), que es que “Bioy lo admiraba” (p. 22). Pero este es precisamente el nombre que, de acuerdo a la semblanza que de su amigo hace Saccomanno, no tiene explicación en el universo Soriano, porque además personifica, doble apellido mediante, a ese mundo aristocrático que ninguneaba al “escritor del pueblo”.

De alguna manera, parece ser esa construcción contrastante, sin matices y dicotómica que devuelven las problematizaciones de Saccomanno en torno a la figura de Soriano, la que impulsa a Eduardo Romano a intervenir en el debate (2007: 21-22).¹⁷ Según plantea Romano, la necesidad de pronunciarse en el marco de esta polémica surge a partir de la invisibilización de una línea de trabajo con la literatura que personalmente viene realizando

¹⁷ Esta es la referencia para las próximas citas.

desde la década del setenta en la misma facultad que Saccomanno desautoriza por elitista, y que por lo tanto cree importante reivindicar. Como ex alumno de Romano, la omisión de Saccomanno de sus cursos en el ámbito de la carrera de Letras no puede menos que extrañar al autor de la nota. Pues según informa Romano, sus cursos se caracterizan desde sus inicios por manejar un concepto de lo literario amplio, incluyendo entre su material de estudio historietas, guiones filmicos, grabaciones de los payadores suburbanos y libretos radiales, entre otros documentos poco convencionales, y por privilegiar la lectura de autores relegados por el resto de la carrera, como Roberto Fontanarrosa o hasta el mismo Soriano. “El alumnado sabe que va a leer lo que no se lee en el resto de la carrera” (p. 21), dice Romano en relación a sus cursos, de modo de contrarrestar la imagen generalizada y sin matices sobre los contenidos de esa carrera transmitida por Saccomanno. Así, Romano cree que restituye al sistema literario su complejidad y que asume la tarea docente “con el mayor decoro y con la mayor falta de respeto por los valores instituidos y reverenciados entre los ‘cultos’ (...) para airear la mente de nuestros alumnos” (p. 22).

Nuevamente, el domingo siguiente, el suplemento “Radar” del diario *Página/12* publica dos notas, bajo los títulos “De mentiras y verdades” y “Punto final”, en las que Bayer y Saccomanno, respectivamente, responden a la última intervención de Sarlo y a los dos polemistas que se sumaron al debate, Moreno y Romano, dando con ellas por terminada la polémica. En el caso de Bayer (2007b: 22),¹⁸ su respuesta se orientó básicamente a ratificar la existencia de los hechos negados por Sarlo (la historia de Soriano humillado en el ámbito universitario y la invitación a debatir con Viñas que ella no aceptó) y a impugnar el talante poco democrático que tanto Sarlo como Moreno le atribuyeron a la invitación al debate cursada por él a la primera. Las descalificaciones que las polemistas habían hecho de sus argumentaciones fueron rebatidas una a una, apoyándose para ello en la línea argumentativa desplegada por Saccomanno en su nota anterior, esto es, ubicando en la trayectoria política y los compromisos intelectuales con causas nobles las razones que fundamentan la veracidad de lo que se atestigua. En este sentido, puede citarse el modo en que Bayer responde a la carga machista que en su manera de dirigirse en su nota a Sarlo como “señora” le reprocha Moreno:

Como cuando de alguna manera me mete de rondón en un disimulado machismo. Justamente el martes, las Madres de Plaza de Mayo dijeron públicamente algo que voy a llevar inscripto en mi camisa. Dijeron que Oswaldo Bayer fue el intelectual argentino que más defendió a las Madres de Plaza de Mayo. ¿Y usted, señora Moreno? Justamente en las huelgas patagónicas destaco el sacrificio heroico de las mujeres que acompañaron a los luchadores del campo. Hasta las mujeres del campo más humilladas están en mis páginas descritas con admiración y aplauso. Creo que ahí se ven los pingos.¹⁹

¹⁸ Las citas que siguen corresponden a este documento.

¹⁹ El domingo siguiente a la publicación de esta nota, María Moreno (2007b: 22-23) responde a esta interpeleación de Bayer insistiendo con la hipótesis que conjetura sobre el carácter tautológico de la argumentación del “intelectual comprometido con las Madres”: “Aún con semejante condecoración”, dice Moreno, “un intelectual no debería autoeximirse de presentar sus pruebas y certificarse *per se* en una trayectoria intachable. Evidentemente esta afirmación de las Madres es un merecido motivo de orgullo, pero deja al desnudo el peligro de que la discusión se vuelva especular, ya que el ‘¿y usted, señora Moreno?’ equivale a ‘¿y vos, quién sos?’, frase que, de acuerdo con el mito, de algún modo se le habría dirigido a Soriano en la cátedra de Sarlo, sin necesidad de pronunciarla” (p. 23). A favor de esta hipótesis, Moreno despliega en una parte de su nota las explicaciones que permiten entender los métodos de Bayer: “Es que Bayer es

En esta misma línea se inscribe la defensa que hace de la intención de querer someter a Sarlo a un “escrache” de la que es acusado, al afirmar: “Nunca hice tal cosa, salvo cuando acompañé a Hijos a descubrir en su escondite a los desaparecidos de sus padres”. En cuanto a la voz de alarma que tanto Sarlo como Moreno habían hecho sonar a propósito de la comparación que Bayer había hecho de la primera con un general fusilador, responde acusándolas de tergiversación, pues lo suyo no fue una comparación sino un señalamiento que apuntaba a mostrar, con un ejemplo, que “la mentira tiene patas cortas”.²⁰

Guillermo Saccomanno (2007c: 22),²¹ por su parte, aprovechó su última intervención en relación al tema, en primer lugar para redimirse con Romano por medio de una autocrítica²² y, saldada esta cuestión, dedicó la mayoría de sus líneas a terminar de ajustar cuentas con Beatriz Sarlo. En esta ocasión, sus energías estuvieron puestas en subrayar cuál era el corazón de la discusión que había tenido lugar a lo largo de esas semanas y de la cual Soriano había sido solo el detonante. Porque lo que Saccomanno hace esta vez es reenviar dicha polémica a sus resortes ideológico-políticos, haciendo explícitos con una frontalidad que no se había producido en ninguna de las notas anteriores, los motivos que hay detrás de la selección de un canon, que son, según su mirada, nada menos que la imposición del modelo de país y de sociedad que los autores que allí se incluyen transmiten:

Elegir una biblioteca educativa y no otra es una elección política. Lo que acá se estuvo discutiendo no fue sólo la veracidad de la anécdota que contó Bayer (...) sino qué visión de la literatura se les imprime a quienes estudian nuestras letras. Y esta visión es política. (...) Que quede claro: si acá hay una violencia es la de Sarlo. Que no es ni más ni menos que la violencia de la ‘civilización’ que se presume raza y clase elegida.

El reproche a Sarlo, según explica Saccomanno, no se reduce únicamente a la humillación provocada a Soriano, sino que también alude a las consecuencias sectarias que la imposición de los gustos canónicos efectuados por su actividad académica siguen teniendo para la literatura. Pues, quienes fueron sus alumnos, al egresar, “empleados de editoriales, hacedores de informes anónimos de aprobación o rechazo de originales, reseñistas presumidos de suplementos culturales, ensayistas de ocasión, aplican con obediencia debida” (Sacomanno, 2007b: 20) los gustos literarios impartidos en esa cátedra.

Y cuando la cuestión de si la historia de Soriano había ocurrido efectivamente o pertenecía a una “leyenda urbana” ya no parecía importar a nadie, “Radar” publica dos artículos que, cada uno permitiendo realizar conclusiones antitéticas, retoman la preocupación por las evidencias que permitan establecer la existencia del episodio. Así, el día en el que se publicaba la nota de Saccomanno que acabamos de reseñar, el suplemento

heredero de la gran tradición del Yo acuso, que apunta menos a la búsqueda de evidencias que a la dramatización de una conciencia; a la puesta en escena de coraje personal y a la construcción de pertenencia a bandos enfrentados a través de la figura del intelectual en términos de personalidad, por sobre la lógica de razonamientos encadenados” (p. 22).

²⁰ Sin embargo, Moreno no le concede crédito a esta explicación y una semana después sostiene: “está visto que en este caso los argumentos se subordinan a la necesidad de alineamientos precisos y bipolares”, (2007b: 23).

²¹ Las citas que siguen fueron extraídas de este documento.

²² “Si una autocrítica debo formular, se la debo a Eduardo Romano. () Al reflexionar me doy cuenta de que tal vez debo una disculpa a quienes, sin compartir la disciplinaria ideología Sarlo, se pudieron sentir afectados por mis dichos que, en el debate, parecían demonizar a toda la carrera de Letras” (p. 22).

publica un artículo firmado por una ex alumna de Sarlo durante el primer cuatrimestre del año 1988 y actual docente de la UBA, Amparo Rocha Alonso (2007: 23),²³ que además de tomar como blanco algunos de los dichos de Saccomanno y de Bayer se ocupa de aportar datos que contradicen la versión que sostiene que Soriano no formaba parte del repertorio de lecturas con el que Sarlo enseñaba y que manifiesta que sus obras no se contaban entre la literatura que despertaba el interés de la profesora. En esta nota la autora opone a esa versión otra que plantea que Oswaldo Soriano habría ingresado a la Facultad de Filosofía y Letras de la mano de Beatriz Sarlo, el primer cuatrimestre de 1988, cuando Sarlo dictó un seminario sobre novela y realidad política en base a textos de Soriano, Andrés Rivera, Saer, Asís, Piglia, Martini, Cohen, Moyano y Puig. “No imagino puerta más grande de entrada al mundo académico que ésta”, reflexiona la autora de la nota.

Es precisamente ese mundo académico lo que hay que desnaturalizar, según Rocha Alonso. Porque en su opinión este no responde a la imagen maniquea, homogénea y afecta a impartir o retacear gestos consagratorios que Saccomanno deslizó en sus intervenciones. La existencia de muchos otros docentes prestigiosos y tan influyentes como Sarlo por la época en la que habría ocurrido la anécdota²⁴ es prueba de las distintas líneas que convivían marcando tendencias y gustos entre los alumnos, dice. Lo que pone al descubierto esta mirada es una concepción de la universidad compleja, “atravesada por líneas de fuerza”, que “no puede ser dirigida por nadie” y donde nadie tiene el poder suficiente, “por más capital simbólico que ostente”, para imponer sin fisuras sus designios. Y no solo por la complejidad y la heterogeneidad que caracteriza a este espacio, sino también porque, como explica la autora, los alumnos llegan a ese intercambio que supone la educación universitaria “con lecturas, formaciones y bibliotecas diferentes”, que se articulan de modos imprevisibles con los conocimientos que reciben. Rocha Alonso recuerda que el legado más fuerte que deja el paso por la universidad es la inoculación, “casi de manera conductista”, de una actitud crítica y desmitificadora hacia los sentidos socialmente construidos. En este sentido puede entenderse que si la academia oponía reparos a Soriano, puede que haya sido su condición de suceso editorial lo que despertara cierta reticencia hacia su literatura desde un espacio que se caracteriza por anteponer un gesto de desconfianza hacia lo consagrado por el mercado. Y a esta hipótesis agrega: “esto, más el microclima de época: en un espacio fascinado por la escritura y el imaginario de Puig, Piglia o Saer, el estilo Soriano no cuadraba. Así de simple”.

En cuanto a la anécdota en cuestión, Rocha Alonso, que manifiesta creer en la inocencia de Sarlo en relación a este hecho,²⁵ plantea que las incongruencias entre la versión de Saccomanno del hecho (“Sarlo invitó a Soriano a dar una charla para sus alumnos”) y la de Bayer (“un grupo de alumnos y docentes de la cátedra Sarlo”) responde a la animadversión con la que se tomó el contenido de esa historia. “Sobre una información básica, algún encuentro efectivamente acaecido de Soriano con gente de la facultad, construyeron

²³ Las citas que siguen surgen de este documento.

²⁴ Entre los más destacados la autora menciona a Viñas, Ludmer y Pezzoni.

²⁵ Y para ello plantea un razonamiento en consonancia con el desplegado por Moreno. En su caso, la argumentación es la siguiente: “¿No debemos creerle a una persona que nunca eludió el debate con altura sólo porque escribe en *Viva* contigua a Valeria Mazza, ‘modelo del Vaticano’? Y, por el contrario, ¿debemos creerle a Bayer sólo porque es el biógrafo de Severino Di Giovanni y etc.? Los hombres probos también se equivocan. Creer en una proposición porque se confía en quien la dice, el que da testimonio, se llama fe (*pistis*) y ya se sabe, la fe mueve montañas”.

mentalmente una escena con buenos y villanos, funcional a las disputas ideológicas que los movilizaban tanto como ahora. No tiene nada de raro: así es la dinámica del rumor, así se construye el mito”, explica la autora de esta nota.

Finalmente, según la opinión de esta docente, el problema del que adolece el homenaje que intentó hacerle Saccomanno a su amigo es que en él “no ha podido dar un paso al costado de su propio ego”, lo cual implica insinuar que ese homenaje también puede leerse como una operación literaria por parte de Saccomanno. Y concluye: “Esperemos que no se confunda: no alcanza con destilar veneno para ser un Roberto Arlt”.

El periodista, escritor y profesor Germán Ferrari (2007: 23)²⁶ firma el otro de los artículos orientado a brindar datos respecto a la anécdota. En este caso, la nota aporta información que es concluyente en relación al maltrato que el escritor percibía que le dirigía el “ámbito académico”, aunque la información proporcionada no es suficiente para endilgar a Beatriz Sarlo la responsabilidad por esta mortificación. A su vez, la evidencia hallada por Ferrari corresponde al año 1992, esto es, algunos años antes de la fecha en la que se sitúa la historia en cuestión (1996), lo cual permite establecer la efectiva existencia del encono entre Soriano y la Facultad de Filosofía y Letras, pero nada nos dice de quienes ejercían el maltrato desde la universidad. Como prueba de esto el autor aporta el fragmento de una entrevista realizada al escritor por la revista *La Maga* publicada el 27 de mayo de 1992, y en la cual Soriano responde por la actitud defensiva que hay detrás de una idea salida de su boca que manifestaba que él es un escritor que camina por el borde de la literatura:

Eso lo dije en la Facultad de Letras, ante un auditorio hostil. La Facultad de Letras forma gente para entender la literatura de una manera, no de varias. Ciertos sectores que se formaron allí son lo menos pluralista que yo conozco. Salen como hechos por un molde y se encuentran con esto: un sujeto que viene de otro lugar, que no es de la literatura, que no pasó por la facultad, que no ha hecho la carrera de las artes, que viene del interior, que escribe y que tiene lectores y valores diferentes eso genera una hostilidad. Frente a eso yo trataba de explicarme con sinceridad, sin hipocresía. No soy el primero que viene de otro lugar. Fue Camus el tipo que dijo que “en una cancha de fútbol se juegan todos los dramas humanos. El que no entienda eso, no entenderá nada de literatura “. Ahora, claro, una cosa es que lo diga Camus y otra que lo diga yo. Entonces uno se siente como alguien raro frente a los que te reclaman las razones a las que obedece tu literatura, el proceso de creación.

En total sintonía con la concepción de la Facultad de Letras que aparecía en las intervenciones de Guillermo Saccomanno, este pasaje que pertenece a Soriano, si bien no despeja del todo las dudas respecto al hecho que origino la polémica, sí demuestra la disponibilidad de un sustrato a partir del cual construir el mito del escritor del pueblo, incomprendido y maltratado por la crítica especializada.

Mito que, según el último artículo que publica el suplemento “Radar” para dar por clausurado este tema, tiene en el propio Osvaldo Soriano a su principal cultor. Es que la organizadora de la visita de Soriano a Puán, Hinde Pomeranec, finalmente intervino en la polémica adjudicándose ser la responsable del paso de “el gordo” por las aulas de Letras contando en *Página/12*, en el último artículo que el diario dedico a este tema, su versión

²⁶ Las citas que aparecen a continuación se extraen de este documento.

del controvertido hecho (Pomeraniec 2007: 20-21).²⁷ Según se relata allí, el mismo se dio en el marco de un ciclo de charlas públicas con escritores realizado en agosto de 1991 titulado “Conversaciones en Puán” y organizado por la propia Pomeraniec, que por entonces era docente de la cátedra comandada por Nicolás Rosa, “Literatura Argentina III”, y periodista del suplemento cultural del diario *Clarín*. “La idea era llevar a nuestras aulas a algunos narradores para que contaran secretos de la cocina de su oficio” (p. 21), rememora la autora del artículo.²⁸ En suma, la reconstrucción de los hechos que ofrece esta docente y periodista da por tierra con la anécdota que mostraba a un escritor humilde e indefenso frente a un auditorio hostil y ávido por humillarlo. En cambio, Pomeraniec recuerda que

Soriano no sólo no fue maltratado, sino que se fue con aplausos de las entre 300 y 400 personas que lo escucharon. Hasta firmó ejemplares de sus libros y salió feliz de allí. Justo es decir que probablemente esa tarde la mayoría de los alumnos que lo aplaudieron no cursaban la carrera de Letras, en donde efectivamente él no era uno de los autores estudiados. Son muchas las carreras que se cursan en ese edificio y es muy posible que el público haya estado mayormente conformado por estudiantes de Historia, Antropología, Geografía o alguna otra disciplina, lo que no anula ni los aplausos ni los autógrafos (p. 21).

Como testigo de ese encuentro, Pomeraniec manifiesta su desconcierto por dos cuestiones que emergen en torno a la presencia del escritor en las aulas de la facultad: una de ellas es la asociación del nombre de Beatriz Sarlo con el hecho en cuestión cuando no participó en ningún carácter del mismo, y el otro elemento llamativo es el surgimiento de una leyenda que habla del maltrato colectivo a Soriano a causa de su extracción popular, a pesar de que “la entrevista fue un encanto” (p. 20),²⁹ comportándose él y quienes se hicieron eco de esta leyenda, como si los presentes lo hubieran sometido a un pelotón de fusilamiento intelectual. Para Pomeraniec la martirización de Soriano no es novedad; en su artículo dice que ella ya había advertido oportunamente la entrevista que la revista *La Maga* le hace al escritor en la cual Soriano hace circular, “injustamente” a su juicio, una versión de su paso por la universidad signada por un clima de hostilidad.

¿Por qué la leyenda involucra a Beatriz Sarlo? La hipótesis de Pomeraniec es que Sarlo, como titular de la cátedra de Literatura Argentina Contemporánea, era considerada “una suerte de directora de orquesta que digitaba qué teníamos o no que leer y qué

²⁷ Esta es la referencia bibliográfica para las citas que siguen.

²⁸ Según consigna Pomeraniec los escritores invitados fueron cuatro, cuyos nombres suenan hoy tan o más poderosos que entonces: César Aira, Rodolfo Fogwill, Adolfo Bioy Casares y Oswaldo Soriano. Cabe subrayar que el nombre de Soriano aparece así contiguo al de autores reivindicados desde la academia, que en el caso de Aira y Fogwill integraban (y aún integran) los programas de estudio, y en el de Bioy, como ya fue expuesto, representa un perfil de escritor asociado a la noción de *escritores gentleman* forjada por David Viñas (1964), además de ser un escritor admirado por Soriano.

²⁹ Entre las cosas que Soriano dijo en esa entrevista que hacían de su mirada de la literatura una aproximación atractiva están, para la autora, las alusiones del autor de la posición marginal que ocupaba al interior del campo literario y sus ideas de la función que cumple la literatura en la sociedad. En este sentido Pomeraniec cita: “‘Yo camino por la cornisa de la literatura’, dijo ese día, cuando se declaró un autor en sintonía con el momento político y social. ‘Si el fracaso me llegara —dijo el hombre que vendía libros de a decenas de miles—, pensaría que el momento pasó y que la sociedad cambió. A los escritores se los puede llevar el viento, en general, en un cambio de sociedad’” (p. 21).

autor merecía o no ingresar en la academia. Es evidente que ese rol que le adjudicaban sigue vigente en ámbitos que parecen agitar los prejuicios que tanto cuestionan” (p. 21). No obstante, para la autora, es posible que haya sido el propio Soriano el encargado de alimentar “el mito de escritor maldito para la mirada miope de los académicos, forjando así la leyenda que hoy abonan Osvaldo Bayer y Guillermo Saccomanno” (p. 21). Así interpreta Pomeraniec que Soriano le haya respondido con evasivas seguidas de bromas y gestos simpáticos que buscaban compensar su enojo y su ofensa, cuando esta lo increpó en la Feria del Libro inmediatamente posterior al hecho en cuestión, pidiéndole explicaciones en relación a la versión dada de su paso por la facultad a la revista *La Maga*. Para Pomeraniec esta actitud debe interpretarse como una apuesta literaria, ella dice: “Leí —leo— ese gesto como una estrategia literaria más, un recurso que lo mantuvo en esa cornisa literaria que claramente pretendía no abandonar, aunque en el camino debiera ofender o maltratar a quienes habían mostrado por él admiración y respeto” (p. 21).

Se trata, para la mirada de Pomeraniec, de la elección que Soriano realizó para competir en el juego de la literatura, de la estrategia que consideró más conveniente en su afán por destacarse en un campo específico que tiene, por lo menos desde su definición, como sus capitales mejor valuados al capital simbólico y al cultural, recursos que en el bagaje de Soriano se forjan al calor de una actitud voluntarista y autodidacta hacia el mundo, es decir, a la fuerza y con mucho trabajo e imaginación.

Finalmente, dejamos para lo último el artículo que recuerda a Soriano que surge de la pluma de Ana María Shua (2007: 21)³⁰ y que “Radar” publica en la segunda entrega del Especial Soriano, porque el carácter de esas líneas conserva el formato homenaje y no se suma a la polémica, quedando así fuera de sistema en relación al resto de los documentos hasta aquí reseñados. Sin embargo, si bien Shua no participa de la polémica desarrollada, sí lo hace de la discusión en torno al canon al postular el valor cultural de la literatura de Soriano, al subrayar la visión de la Argentina que su literatura nos devolvía, incluso haciendo énfasis en su capacidad de convocar una sensibilidad que interpela al mundo entero. Más allá de la calidad literaria, el enfoque de Shua rescata de su literatura su poder para transmitir nuestra “esencia” nacional y al mismo tiempo nuestra condición humana:

Soriano hablaba de nosotros, con nosotros, por nosotros. Nos devolvía el idioma de todos los días convertido en literatura, en una visión del país que era también visión del mundo, y de ahí su éxito internacional. (...) Para nosotros Colonia Vela fue un pueblo cualquiera y todos los pueblos del país. Para el mundo, Colonia Vela fue un microcosmos de la corrupción y la miseria de la sociedad occidental. Pero también fue, para todos, más que eso, porque de otro modo no habría sido gran literatura: ese lugar aleph donde se concentra el universo entero, la revelación de la condición humana.

Disputando para la literatura de Soriano un lugar de alcance mundial, convocando nada más y nada menos que la noción de aleph, tan asociada a la obra de Borges, Shua adopta así un gesto canónico hacia el autor de *No habrá más penas ni olvido*, por mencionar la novela evocada en el pasaje citado. Como parte de este gesto puede entenderse el establecimiento de algunos hitos literarios para ubicar en el mapa de la narrativa argentina su literatura, donde vuelve a aparecer Arlt y las referencias al peronismo en términos positivos,

³⁰ Las siguientes citas se extraen del documento de Shua.

y ciertos nombres asociados al pensamiento liberal con signos negativos, tal como queda planteado en el siguiente párrafo:

Contra el fracaso ético y estético de una narrativa revolucionaria, Soriano propuso una narrativa rebelde. Rebelde a la preceptiva de nuestra crítica, que la pretende puro juego verbal, como Macedonio, o pura operación sobre el mundo, como Sarmiento. Allí está a sus plantas rendido un león³¹ para mostrar que es posible contarnos la Argentina desde un ignoto país de África, lleno, por cierto, de gorilas. Que es posible, como Arlt, hacer literatura fantástica sin dejar de ser rigurosamente realista.

En el abordaje de Ana María Shua, aunque no se retoma la polémica, sí está presente el contrapunto entre dos mundos, entre dos maneras antagónicas de asumir la práctica literaria. La literatura como “puro juego verbal”, como “operación sobre el mundo”, se opone a la literatura que nos cuenta cómo somos los argentinos y nos devuelve la voz porque habla “de nosotros, con nosotros, por nosotros”. La mención de nombres como los de Macedonio Fernández y Sarmiento, y de epítetos como “gorilas”, se une a la serie que se fue dibujando con las referencias a Victoria Ocampo y Bioy Casares, con evocaciones de la aristocracia y la oligarquía y con las asociaciones de estos con la alta cultura y la academia, conformando así un álbum de familia que podría identificarse bajo la idea de cierto elitismo. Como contrapartida, el árbol genealógico que se traza con autores como Roberto Arlt y Oswaldo Soriano, que incluye referencias a la cultura popular y al fútbol, que asocia al escritor con el pueblo y se identifica con “la universidad de la calle”, puede unificarse bajo una noción plebeya, puesto que presenta familiaridad con un álbum en el que están presentes motivos de referencias bajas. Así, la polémica por Oswaldo Soriano da cuenta de un movimiento pendular que va del elitismo al plebeyismo haciendo de estos, polos en los cuales anclar las vertientes que dividen al campo literario.

Literatura y política: las divisiones políticas como divisiones literarias

Al principio del artículo decíamos que las discusiones que se pegan al debate sobre el canon nos permiten, entre otras cosas, reflexionar sobre el estado de una cultura. A lo largo de la explicitación de los términos que va adoptando la polémica se van delineando dos vertientes literarias que fundan su división fundamentalmente en la política y que trazan a partir de sus valores los antagonismos entre una literatura popular y una de élite, entre el mercado y la academia, entre “escritores del pueblo” y escritores con prosapia, entre la baja y la alta cultura. Lo que nos deja esta polémica, entonces, es la imagen de un campo cultural abierto en dos, un espacio literario dividido en dos modos antagónicos de concebir la literatura.

Sin embargo, el estado de conflicto que parece caracterizar al campo literario, según surge del análisis de la polémica en torno a Soriano, también ofrece matices a una construcción dicotómica del espacio literario. Pues a la imagen monolítica y sin matices que Saccomanno construye de la academia pueden oponerse los reparos que a esta pone Eduardo Romano, así como las diversas versiones que hacen circular sobre la literatura

³¹ *A sus plantas rendido un león* es el título de una novela de Soriano.

que se enseña en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA los artículos de Amparo Rocha Alonso e Hinde Pomeraniec. El mismo Saccomanno termina por impugnar la impresión compacta que había dado de la academia en sus primeros artículos, al enmendar sus declaraciones con la mención de un conjunto de docentes y de líneas interpretativas de la literatura que no cuadran en las generales de la academia por él trazadas. El divorcio entre el mundo de élite y el mundo plebeyo que se busca simbolizar a partir de la indiferencia con la que Bioy Casares devolvía la admiración que Soriano sentía por él, también demuestra su carácter mítico a partir de la revelación por la cual María Moreno deja ver el mutuo reconocimiento que existía entre Bioy y Soriano. Probablemente, entonces, de todas estas construcciones dicotómicas pueda decirse que son tan ciertas como equívocas, que son tan fundadas como injustificadas.

Pero a pesar de la ambivalencia que ciertamente define esos antagonismos y a costa de los matices con los que se expresan ciertas diferencias, la impresión que nos devuelve de nuestro campo literario el análisis de la polémica es que el mismo se procesa por un sistema binario de lectura que no deja expresar los grises y que presenta las posiciones en términos de blanco o negro. La lectura de las posturas adoptadas al interior del campo en clave dicotómica no permite ver más que enfrentamientos absolutos y hace de toda auto-definición la construcción de un nosotros que necesariamente cobra entidad a partir de la existencia de un otro. Esta dialéctica identidad/alteridad desde la cual se significan los enfrentamientos obtura la posibilidad de ver los matices, de identificar los puntos en los que presentan continuidades. Esa homogeneidad con la que se construyen las identidades cuando se plantean rivalidades no da cuenta de la complejidad y la heterogeneidad que efectivamente los define aunque sea la que se impone a la hora de reconstruir los nudos problemáticos a partir de los cuales va avanzando la historia del campo.

A partir de esta concepción dicotómica de la realidad surge una de las obras fundantes de nuestra literatura, *El Facundo* de Sarmiento, que divide a los argentinos entre civilizados y bárbaros. Pero esta compulsión a la división binaria o a la lectura dicotómica no es privativa del campo literario, sino que forma parte de un rasgo cultural que atañe a los argentinos en general. Un estudio (Semán/Merenson, 2007: 189-210) plantea que esta lógica que piensa la realidad en términos antitéticos da cuenta de cómo los argentinos construimos nuestro mapa social a partir de divisiones que están atravesadas por el conflicto. Unitarios contra federales, peronistas contra radicales, nortños contra sureños, porteños contra provincianos, hasta la rivalidad Boca-River es citada allí para explicar la lógica binaria que opera en la lectura de los conflictos que dividen a los argentinos.

En lo que respecta al campo literario encontramos que la lectura binaria que allí se despliega se apoya en distintos ejes temáticos que cristalizan en pares dicotómicos como: cultura alta-cultura popular, élite-pueblo, derecha-izquierda, academia-mercado, canónicos-marginados. Como fuimos viendo a lo largo del texto la política tiene un peso considerable en las valoraciones que se hacen de la literatura; de modo que enmarcando y dando sentido a estos binarismos funciona una oposición más general a partir de la cual quedan establecidas las dos matrices de pensamiento dentro de las cuales encajan uno a uno los términos de los pares dicotómicos: el liberalismo y el nacionalismo popular. Es bajo estas referencias ideológicas que cada uno de los términos que constituyen las parejas de opuestos cobra significado. En esta división político-ideológica se apoyan las otras divisiones porque ella es su resorte.

En esta dinámica que establece distinciones literarias en base a divisiones políticas se reconoce el papel que desempeña la literatura en la definición de la cuestión de la nacionalidad. Si hay una problemática que se halla en el origen de nuestro sistema literario esa es la de la nacionalidad cultural, que se reedita de modo transformado y con connotaciones renovadas en las disputas que hacen avanzar la historia de nuestra literatura (Sarlo 1983: 129-171; Martínez 1998: 153; Tobeña 2012: 282-318). En la Argentina definir un canon es, antes que nada, consagrar una mirada sobre nuestra sociedad, reivindicar un nosotros y una evaluación de ese nosotros que busca fijar una interpretación de nuestra historia que está en constante disputa (Jitrik 1998: 26-29). En este sentido, la polémica en torno al escritor Oswaldo Soriano puede leerse como un capítulo de la disputa por la definición de nuestra identidad como argentinos y por lo tanto, se trata de una discusión que moviliza argumentos políticos en detrimento de los argumentos de índole específicamente literaria.

Bibliografía

- Bayer, Osvaldo (2007a): “Una historia verdadera”. En: *Página/12*, 11/02, p. 21.
 — (2007b): “De mentiras y verdades”. En: *Página/12*, 25/02, p. 22.
 Cella, Susana (1998): “Canon y otras cuestiones”. En: Cella, Susana (comp.): *Dominios de la literatura. Acerca del canon*. Buenos Aires: Losada, pp. 7-16.
 Domenella, Ana Rosa/Gutiérrez de Velasco, Luz Elena (2009): “Canon”. En: Szurmuk, Mónica/McKee Irwin, Robert (dirs.): *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. México: Instituto Mora/Siglo XXI, pp. 50-55.
 Ferrari, Germán (2007): “Datos”. En: *Página/12*, 4/03, p. 23.
 Fowler, Alastair (1988): “Género y canon literario”. En: Garrido Gallardo, M. A. (comp.): *Teoría de los géneros literarios*, Madrid: Arco Libros, pp. 95-127.
 Jarkowski, Anibal/Mancini, Adriana/Rocco-Cuzzi, Renata/Saitta, Sylvia/Speranza, Graciela/Stratta, Isabel/Wilson, Patricia (2007): “Una aclaración”. En: *Página/12*, 18/02, p. 22.
 Jitrik, Noé (1998): “Canónica, regulatoria y transgresiva”. En: Cella, Susana (comp.): *Dominios de la literatura. Acerca del canon*. Buenos Aires: Losada, pp. 19-41.
 Martínez, Tomás Eloy (1998): “El canon argentino”. En: Cella, Susana (comp.): *Dominios de la literatura. Acerca del canon*. Buenos Aires: Losada, pp. 145-153.
 Moreno, María (2007a): “Los duelistas”. En: *Página/12*, 18/02, pp. 21-22.
 — (2007b): “De a una”. En: *Página/12*, 4/03, pp. 22-23.
 Romano, Eduardo (2007): “Soriano y la literatura argentina que se enseña en la UBA”. En: *Página/12*, 18/02, pp. 21-22.
 Pomeranic, Hinde (2007): “Aplausos y autógrafos”. En: *Página/12*, 11/03, pp. 20-21.
 Rocha Alonso, Amparo (2007): “Soriano y la ‘academia’”. En: *Página/12*, 25/02, p. 23.
 Saccomanno, Guillermo (2007a): “El fenómeno Soriano”. En: *Página/12*, 28/01, pp. 12-13.
 — (2007b): “Una respuesta rústica”. En: *Página/12*, 11/02, p. 20.
 — (2007c): “Punto final”. En: *Página/12*, 25/02, p. 22.
 Sarlo, Beatriz (1983): “Vanguardia y criollismo: La aventura de ‘Martín Fierro’”. En: Altamirano, Carlos/Sarlo, Beatriz: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 129-171.
 — (2007a): “Una historia falsa”. En: *Página/12*, 04/02, p. 20.
 — (2007b): “Sin casa en el primer mundo”. En: *Viva*, 4/02, p. 19-20.
 — (2007c): “Repercusiones y polémicas”. En: *Página/12*, 18/02, p. 20.

- Semán, Pablo/Merenson, Silvina (2007): “¿Cómo se dividen brasileños y argentinos? Construcción de mapas sociales en Brasil y Argentina”. En: Grimson, Alejandro (comp.): *Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires: Edhasa, pp. 189-210.
- Shua, Ana María (2007): “Un escritor anticuado”. En: *Página/12*, 4/02, p. 21.
- Tobeña (2012): “La cuestión del canon en la literatura argentina. Un campo cultural abierto en dos”. En: *Revista A Contracorriente* N° 10, North Carolina State University, Winter, pp. 282-318.
- Viñas, David (1964): *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez.
- Zanetti, Susana (1998): “Apuntes acerca del canon latinoamericano”. En: Cella, Susana (comp.): *Dominios de la literatura. Acerca del canon*. Buenos Aires: Losada, pp. 87-105.